

EN RECUERDO DE MI MAESTRO: DON EFRAÍN GONZÁLEZ TEJERA

REFLEXIÓN

HON. MADELYN VEGA ORTIZ*

EN UNA INMENSIDAD DE MONTES PINTADOS DE VERDE POR LA PROFUSA VEGETACIÓN, los niños se entretenían jugando entre los saltos de agua del río. Sus delicados piecitos dominaban con gran destreza el subir y bajar las montañas de su barrio, para ellos el centro de su mundo infantil. Los árboles altos y fuertes, con ramas que parecían abrazar el cielo, eran el lugar perfecto para que los pequeños pudieran jugar al escondite y disfrutar sin obstáculos de la naturaleza que les abrigaba. Mientras los niños en su inocencia disfrutaban de lo *mucho* que tenían, en términos del amplio lugar de juegos que eran sus montañas, sus padres sabían que, en realidad, sería un reto para sus retoños alcanzar logros fuera del entorno que les rodeaba.

Eran las primeras décadas del siglo XX y la escasez de oportunidades permeaba el presente y el futuro del barrio llamado Ángeles, ubicado en un remoto y enormemente hermoso lar del pueblo de Utuado, Puerto Rico. Saturados por la humedad de las aguas cristalinas del río, que se desparramaban por cada surco de la montaña, por el rocío mañanero y por las lluvias que los bañaban, los campos de Utuado eran tierra fértil para la siembra de frutos menores como plátanos, guineos, gandules, tomates y toda suerte de ajíes y pimientos; pero no era la tierra más propicia para la industria azucarera, la empresa que por aquellos días era la mayor fuente de empleo para los obreros. Por tanto, los pueblos grandes como Arecibo y Hatillo, hacia el norte, y Ponce, hacia el sur, donde se habían establecido las centrales azucareras, representaban una competencia febril por los escasos trabajos.

Fue en ese ambiente donde se criaron niños con sueños grandes, sueños que parecían quimeras imposibles de materializarse. Efraín era uno de estos niños soñadores. Soñar era una cosa y convertir los sueños en realidad era otra. Aunque eran limitadas las posibilidades de lograr alcanzar una educación de primera en el Barrio Ángeles, que colinda con Lares, Efraín fue a la escuela y allí aprendió a leer y a escribir, habilidades que serían sus herramientas principales de trabajo en su futuro como jurista y educador. Pero como sus sueños fueron más fuertes que las limitaciones que lo rodeaban, Efraín se unió al servicio militar, donde por su dedicación llegó a ser oficial. Llegó a ser el comandante de otro utuadeño angelino, mi suegro don Ramón Torres Olivo, quien me cuenta que el joven oficial Efraín Gon-

* Jueza Municipal en el Tribunal de Primera Instancia de Carolina. J.D., Universidad de Puerto Rico, Escuela de Derecho, 1998; M.A. en Orientación y Consejería, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras; B.A. con concentración en Literatura, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras.

zález Tejera, era una inspiración para otros reclutas. “Efraín no conocía lo que era darse por vencido”, me cuenta don Ramón. “Era el más dedicado de todos, el más serio”. Tanto mi suegro, así como el oficial Efraín González Tejera, eran dos jóvenes que luego de nacer durante los mismos años en Utuado, coincidieron en el ejército buscando un futuro para ellos y para sus familias.

“Efraín era un yunque, un roble”, me dice don Ramón. “Era un fanático de los ejercicios y se mantenía en óptima condición física”. Don Ramón me cuenta que los demás reclutas se maravillaban de cómo Efraín podía hacer lagartijas, o como se les llama en inglés *pushups*, con una sola mano a la vez. Mi suegro también recuerda que Efraín mantuvo siempre un espíritu de bondad. Según recuerda don Ramón, en una ocasión un supervisor estaba ofreciendo un adiestramiento sobre lectura de mapas a un grupo de reclutas a quienes mantenía bajo el sol. Efraín lo confrontó sobre las malas condiciones en las que estaban los reclutas y le exhortó a llevarlos bajo una sombra. “¿No crees que aprenderán mejor si no los pones bajo el castigo del sol?”, le dijo Efraín al entrenador, quien accedió al pedido del joven oficial. De esos eventos han pasado más de cincuenta años, pero para mí esto fue una muestra temprana del gran sentido de justicia y humanidad que distinguió a Don Efraín durante toda su vida.

Efraín regresó a su tierra con el afán de convertirse en abogado. ¡Abogado! Esa era una palabra grande en los labios de un joven conocido como emprendedor, pero algo tímido. Pero lo cortés no quita lo valiente, y Efraín fue admitido a la Universidad de Puerto Rico, de la cual se graduó en el 1953 de bachillerato, y cinco años más tarde, logró colocarse el birrete y la toga que lo acreditaban como graduando de la Escuela de Derecho de nuestra alma máter. Cualquiera se hubiera conformado con este logro tan enorme, viniendo de una cuna humilde, pero ese no era Efraín. Con el diploma recién puesto en sus manos y superando obstáculos, llegó a la prestigiosa Universidad de Harvard, donde el niño soñador de Utuado obtuvo dos títulos post doctorales. Los sueños de Efraín continuaban multiplicándose y con cada peldaño alcanzado se trazaba una nueva y más ambiciosa meta.

El centro docente que fue el centro de su vida, nuestra querida Universidad de Puerto Rico en su Recinto de Río Piedras, le acogió como profesor en la misma facultad donde estudió. Allí, nos abrazó a cada uno de nosotros, sus estudiantes, enseñándonos con su ejemplo lo que es el respeto incondicional al derecho y su pasión por la educación. Será recordado por su aportación a la docencia legal, por sus excelentes escritos jurídicos y su dedicación al servicio público, pero para los que somos de Utuado, la trayectoria elegante y gloriosa de don Efraín comenzó a trazarse en los montes de nuestro pueblo, donde lo recuerdan como un joven emprendedor, humilde y un tanto tímido. Su obra en la Universidad de Puerto Rico por supuesto será perdurable, pero para mí el hecho de que en la Carretera 111, kilómetro 16.6 del Barrio Ángeles haya una escuela elemental que lleva el nombre del Dr. Efraín González Tejera tiene más valor y significado.

Para mí, que también soy de Utuado y nací en cuna humilde, don Efraín era mucho más que un profesor de Derecho: don Efraín era una inspiración. Mi padre, don Juan *Tito* Vega, se sentía orgulloso de que un hijo de Utuado como noso-

tros, llegara tan lejos como lo logró don Efraín. Mi padre siempre me motivó a estudiar Derecho y a convertirme en abogada, camino que ya don Efraín había abierto para nosotros los que seguiríamos sus pasos. Yo lo miraba con reverencia. El me conocía desde mi infancia y aunque ya mi edad no me lo permite, don Efraín siempre me llamaba *niña* con el cariño del profesor-padre que fue.

Es bien significativo que entre sus grandes aportaciones está el desarrollo del estudio del Derecho Sucesoral. Fue su forma de impartir justicia a los herederos *desheredados*, a los hijos despojados de las herencias que les correspondían aunque existían las ya descartadas categorías de hijos legítimos, naturales, ilegítimos y otras nomenclaturas que injustamente permeaban nuestro Derecho de Sucesiones. Don Efraín logró con sus estudios del Derecho de Sucesiones, construir un puente jurídico entre el Derecho, que a su vez *heredamos* en Puerto Rico del Derecho español, y nuestra sociedad moderna con sus demandas de justicia y equidad. Con ello logró traer a la vida moderna los conceptos que definían la distribución de los bienes en tiempos de antaño y tender una nueva visión a los derechos de viudas, huérfanos y dependientes que enfrentaron los retos de nuestra nueva historia legal.

Cuando mi esposo, el doctor Raymond Torres Santos, fue escogido como Rector del Conservatorio de Música de Puerto Rico, don Efraín fue uno de los primeros en comunicarse con nosotros para felicitarlo. Su consejo: “No te olvides de donde viniste para que puedas servirle a los demás”. Don Efraín nunca olvidó sus orígenes. “Sigo siendo el mismo jibarito de siempre”, me dijo cuando compartí con don Efraín, por última vez, el 14 de marzo del año pasado. Esto fue cuando don Efraín fue tan gentil de asistir a la presentación de mi libro *Cartas para mi hijo*. Nos abrazó con fuerza a mí y a mi esposo, Raymond. Le *echó la bendición* a mi hijo Xavier. Jamás imaginé que sería nuestro último abrazo.

Casi a la víspera del nuevo año, su alma decidió descansar y con tristeza nos llegó la noticia de la partida hacia la eternidad de don Efraín González Tejera; pero, como todo gigante que pasa por nuestra historia dejando una huella inmortal, nos deja su obra, su ejemplo y el recuerdo de la sonrisa que mantuvo desde niño, cuando soñaba salir de su barrio para escalar grandes montañas de su amado Barrio Ángeles de Utuado.

¡Gracias Maestro!